

Neomujeres: confluencia de lo tradicional y lo moderno en la obra de Gilles Lipovetsky

Al terminar este siglo, cuando la figura sociohistórica de las mujeres ha tenido un profundo proceso de transformación, más que en ningún otro periodo de la historia, surge una pregunta central: ¿Por qué las mujeres están conservando formas de concebirse a sí mismas y de ser ante los hombres, que pertenecen a modelos tradicionales, junto con otras maneras insertas en una nueva manera de definirse y de relacionarse?

Gilles Lipovetsky, sociólogo y filósofo francés, en su última obra: *La tercera mujer*,¹ narra y analiza estos procesos de transformación y de confluencia de los roles de género “tradicionales” y “modernos” en la vida de las mujeres de hoy.

Afirma Lipovetsky que el siglo xx, el gran siglo de las mujeres, ha revolucionado en las tres últimas décadas su destino e identidad. Esclavas de la procreación, con sueños de realización personal vinculados únicamente a ser madres y amas de casa, sometidas en su expresión sexual por una moral severa, las mujeres ahora han afirmado nuevas maneras de ser en el mundo que trascienden lo que fueron limitaciones ancestrales, abriendo “brechas en las ciudadelas masculinas”.²

A la nueva figura social de lo femenino que marca una fuerte ruptura en la historia de las mujeres, y que “expresa un supremo avance democrático aplicado al estatus social e identitario de lo femenino”,³ Lipovetsky la denomina “la tercera mujer”. El sentido de la revolución democrática en el ámbito de la construcción

¹ G. Lipovetski, *La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino*, Barcelona, Anagrama, 1999.

² *Idem*.

³ *Ibid.*, p. 10.

social de los géneros, está marcada, indica, por el mismo “destino”: la libertad de autodeterminación y de la construcción de sí mismo, trascendiendo los imperativos sociales.

Sin embargo, la llegada de la mujer sujeto –afirma– no implica la ruptura de los mecanismos de diferenciación social de los sexos. Aunado a las exigencias de libertad y de igualdad, se reactualiza la división social de los sexos, de maneras más imprecisas y menos visibles. Esta continuidad relativa de los roles sexuales aparece como un fenómeno que desafía la comprensión de los procesos de la identidad femenina en las sociedades democráticas.

La interpretación de la persistencia de las dicotomías de género, en que las mujeres continúan adscritas al orden doméstico, sentimental o estético, debe interpretarse desde la dinámica del sentido, de las identidades sexuales y de la autonomía subjetiva, mantiene Lipovetsky, y no únicamente como consecuencia del peso social. En este sentido, asegura que el hecho de estar circunscritas a este *orden* ya no obstaculiza la autodeterminación; funcionan como vectores de identidad, de sentido y de poderes privados.

Señala dos caminos con relación a las disimilitudes de las posiciones de género. Uno de ruptura de los códigos ancestrales de lo femenino, cuando las posiciones de género se vacían de sentido existencial y se oponen a los principios de soberanía individual; el otro, ante los demás casos, en los que se perpetúan las funciones y roles antiguos, presentando combinaciones inéditas con los roles modernos.

Para Lipovetsky, este conflicto que opone la búsqueda de la igualdad y la lógica social de la alteridad de los sexos, se resuelve en que ambas triunfan al unísono, en vez de prevalecer una sobre la otra. Así, las posiciones diferenciales de género más sostenidas actualmente, en la modernidad democrática, no se conforman como un obstáculo al principio de la libre disposición de sí mismo.

Afirma, haciendo una similitud con las teorías del caos, que a pequeñas causas grandes efectos, por lo que ínfimas variaciones iniciales cambian de arriba a abajo las trayectorias finales. Así, las disimetrías según el género están lejos de desaparecer, sino que se reproduce la separación estructural e identitaria masculino/femenina, traducida en los gustos, las prioridades esenciales y la jerarquía motivacional.

Con un tono incisivo –que en algunos momentos se antoja visceral–, Lipovetsky plantea que la dinámica democrática no ha llegado hasta sus últimas consecuencias, basándose en el análisis de fenómenos diversos de las condiciones de las mujeres actuales: el amor; la seducción; la belleza física; la relación con el trabajo, con la familia y con el poder. Este análisis se agrupa en cuatro ensayos que conforman esta obra.

Sostiene Lipovetsky que “la tercera mujer” concilia a “la mujer radicalmente nueva y a la mujer siempre repetida”,⁴ cuando en las vidas individuales se presenta una confluencia de discontinuidad y continuidad, de determinismo e impredecibilidad, de igualdad y diferencia.

Las múltiples caras del amor

La invención occidental del amor, a partir del siglo XII, afirma Lipovetsky, ha logrado introducirse y redefinir las maneras de ser y de actuar de mujeres y hombres. En nueve siglos de historia, podemos contemplar la metamorfosis de la vida amorosa, reñida o reconciliada con Eros, con alianza matrimonial o sin ella, enmascarada en formalismos o privilegiando la comunicación directa, distante o comprometida con la totalidad de uno mismo frente al otro. Este espectro en la historia del amor ha visto transformaciones en sus códigos simbólicos que influyen también en la vida sexual, en especial, sostiene Lipovetsky, a finales del siglo XVIII.

Dentro de estas continuas mutaciones, identifica una línea rectora estable a lo largo de la historia, que traduce en el desarrollo de aspiraciones e ideales más estables que cambiantes. Este ideal converge en una idea central: la reciprocidad de los sentimientos, en el amor mutuo, en poder amar y ser amado al unísono. Esto, sostiene Lipovetsky, va más allá de la atracción sexual y de los intereses económicos, sociales o matrimoniales. Por el contrario, se asocia con la libertad de elección de los amantes, la autonomía del sentimiento, y se hace realidad en la fidelidad y la exclusividad.

Inserta en esta cultura amorosa, se encuentra una lógica social invariable asociada con la disimilitud de los roles femeninos y masculinos, en la que a pesar de exaltarse la libertad de los

⁴ *Ibid.*, p. 12.

amantes, se edifica de manera diferencial el lugar de las mujeres y de los hombres, como puede observarse en la seducción, en la moral sexual, y en la importancia y significación diferencial que juega el amor en la existencia total del individuo, ya sea que se conjugue en femenino o en masculino.

El lugar privilegiado que ocupa el amor en la identidad y en los sueños de las mujeres, está asociado con un conjunto de fenómenos como la asignación de la mujer al papel de esposa, la inactividad profesional de las mujeres burguesas y su necesidad de evasión en lo imaginario, sostiene Lipovetsky. Esto sumado a la construcción moderna del ideal de felicidad individual y de la legitimación progresiva de integrar el amor en la vida matrimonial.

En los años sesenta, el feminismo impugna el amor, no tanto por su esencia, sino por la manera en la que se socializa a las mujeres y se las somete al ideal romántico sentimental. Se desmitifica y deconstruye el amor, en tanto instrumento de servidumbre y alienación femeninas. De tal modo, se lanzan denuncias contra las mitologías del amor propagadas por la cultura de masas, y los roles estereotipados que, de acuerdo con Lipovetsky, *vampirizan* el imaginario femenino.

Se desplaza el énfasis de lo sentimental a lo sexual, cuestionándose también la exclusividad amorosa y la fidelidad en cuanto a valores burgueses. Así, unir el “siempre” al “amor” se vuelve una conjugación obsoleta.

Lipovetsky sostiene que, sin embargo, las mujeres mantienen su adhesión privilegiada al ideal amoroso; continúan soñando masivamente con el gran amor, aunque han tomado distancia del lenguaje romántico y se resisten a sacrificar sus estudios y profesión por el amor. Esta afirmación, por su grado de generalización, valdría la pena que se le estudiara con mayor detenimiento.

Afirma que pese a esto, el amor tiene actualmente un ciclo inédito de politización y revolución cultural, en tanto búsqueda de la deconstrucción de los estereotipos sexuales que aplastan las individualidades, por las definiciones artificiales de la feminidad y de la masculinidad.

Afirma, sin embargo, que no es posible sostener el esquema de que la reproducción social de la disimetría social vinculada al sexo es un simple atraso histórico que tarde o temprano va a desaparecer, y se pregunta: ¿cómo y por qué se recompone la división sexual de la cultura amorosa en un universo basado en el

ideal de igualdad y libertad de las personas? ¿Cómo concebir el destino del amor en las sociedades que sacralizan la libre disposición de sí, tanto de los hombres como de las mujeres?

Los valores de autorrealización y de independencia, aduce Lipovetsky, han liberado al amor respecto del *ethos* de la renuncia de sí, y en el presente, se conjuga al unísono con las aspiraciones de autonomía individual. Esto se traduce en una mayor exigencia con respecto al otro y una menor resignación por una vida de pareja insatisfactoria.

La relación de las mujeres con el amor resulta para Lipovetsky un enriquecimiento de “la vida subjetiva con un horizonte de sentido del que nuestra sociedad desencantada se encuentra tendencialmente desposeída”.⁵

Por otro lado, a través de los siglos han cambiado los modos de aproximación y de cortejo, pero no la regla de la diferencia seductiva entre hombres y mujeres. La promesa del matrimonio, las lisonjas a la mujer y la declaración de amor, los tres principios básicos que estructuraban la seducción masculina, resultan cuestionados en una época en que las mujeres gozan de independencia económica, el sexo es libre y se busca una aproximación más personal que teatralizada.

Los antiguos protocolos del cortejo se ven eclipsados por el juego desenvuelto del “ligue”, según el vocablo acuñado en los años cincuenta. Dice Lipovetsky: “Hay que seducir sin énfasis ni ‘te quiero’, sin promesas ni rito convencional; limitarse a ser uno mismo. Vivimos en la hora de la seducción tranquila, minimalista, posromántica”.⁶

La antigua gravedad romántica da paso al solaz, a la risa y al humor en la relación hombre-mujer. Esta consagración del humor, como parte de la seducción contemporánea, la asocia Lipovetsky con la renovada fuerza de los valores hedonistas y distractivos, la primacía del referente del presente y de la evasión, y del contacto que caracteriza la era del consumo-comunicación de masas.

En este nuevo lugar del humor como parte de la seducción masculina se halla subyacente, según Lipovetsky, el deseo femenino de relaciones menos convencionales y más libres, de trato más *cómplice* con los hombres. Por parte de las mujeres, la “coquetería” tiende a eclipsarse, dando paso a conductas más directas e inmediatas.

⁵ *Ibid.*, p. 44.

⁶ *Ibid.*, p. 48.

Según Lipovetsky, Don Juan está cansado, y aún más, las actitudes de las mujeres más accesibles en cuanto a ser compañeras sexuales resultan al mismo tiempo intimidantes y amenazadoras para el hombre. Afirma: “Muchos hombres ya no entienden lo que las mujeres esperan de ellos... Desamparados frente a las ‘nuevas mujeres’ independientes, que se niegan a vivir a la sombra de los hombres, éstos se sentirían en la actualidad ansiosos, frágiles, desestabilizados en su identidad, inquietos respecto de sus capacidades viriles”.⁷ Sin embargo, esta idea de la crisis de lo masculino resulta engañosa, pues la mayoría de los hombres no presentan un malestar ligado a su identidad, sino más bien a dificultades relacionales o profesionales. Así, la apatía masculina respecto a la seducción se asociaría con el empuje de una cultura que privilegia lo relacional, la autenticidad, el escucharse a sí mismo y la comunicación intimista.

Ante estos hechos, cada pareja establecerá las diferencias necesarias para la seducción y se presentarán cada vez menos como representación de la colectividad femenina y la colectividad masculina.

Lipovetsky asevera, desde su concepción masculina que analiza la identidad y la esfera relacional de las mujeres, que: “Por pujante que se manifieste la cultura de la igualdad y la autenticidad, la mujer sigue siendo lo inaprensible, el enigma cuya seducción permanece inalterable”.⁸

El imperativo de la belleza

La belleza no tiene el mismo valor en el hombre que en la mujer, sostiene Lipovetsky. No obstante, esto no fue cierto en la historia de la humanidad, como lo comprueba el autor por medio de un minucioso recorrido a través de la historia, y el énfasis que durante siglos se puso en diferentes atributos, entre los que sobresale la fecundidad, con mucha mayor fuerza que la belleza.

La valoración de la estética femenina surge con la división social entre clases ricas y clases pobres, correlato de las mujeres exentas del trabajo. Así, las largas horas de holganza llevan a las mujeres de clases superiores a tener cuidados de belleza, con el propósito de agradar a su compañero. La idolatría del “bello sexo”

⁷ *Ibid.*, p. 52.

⁸ *Ibid.*, p. 60.

es, para Lipovetsky, una invención del Renacimiento. Y se pregunta: ¿qué sentido social debe otorgarse a esta promoción histórica de la belleza femenina, a este dispositivo cultural que logró imponerse como un rasgo permanente de la civilización occidental moderna?

Este triunfo estético de lo femenino, sin embargo, no transforma las relaciones jerárquicas que subordinan la mujer al hombre, siendo que contribuye a reforzar el estereotipo de la mujer frágil y pasiva, inferior en mentalidad, condenada a la dependencia hacia los hombres.

En el siglo XX se rompe la dimensión elitista de la belleza a través de los medios que difunden ampliamente normas e ideales de lo femenino. La cultura industrial y mediática moderna ha permitido la llegada de una nueva fase en la historia de la belleza femenina, esto es, su fase comercial y democrática. Las nuevas normas de belleza-delgadez-juventud se imponen a las mujeres, pero también a los hombres, aunque con menor fuerza a estos últimos. Según Lipovetsky, la esbeltez y las carnes firmes son sinónimas de dominio de sí, de éxito y de *self management*, y representan un signo de igualación de las condiciones entre hombres y mujeres, más que un vector de opresión de la mujer. Valdría cuestionar este último punto y analizarlo de manera más detenida ante la creciente problemática de bulimia y anorexia entre las mujeres jóvenes.

La dinámica igualitaria no ha cambiado el régimen asimétrico de la seducción en uno y otro sexos. Lipovetsky asevera que la revolución democrática topa aquí con uno de sus límites.

Trabajo y familia: esferas opuestas o armónicas

En esta época, en que se presenta el reconocimiento del principio igualitario, cuando la mujer tiene plena posesión de sí misma, persisten lógicas disímiles en cuanto a los roles sexuales. Lipovetsky se plantea: ¿Cómo situar entonces históricamente la figura de “la tercera mujer” a medio camino entre la igualdad y la desigualdad?; ¿reliquia del pasado o modelo de futuro?

Hasta los años cincuenta el reparto de los roles para uno u otro sexos estaban claramente delimitados. El marido es proveedor del ingreso económico del hogar y quien asegura la dirección de la familia. La esposa, la responsable de la cohesión afectiva del

grupo doméstico, del cuidado de la casa y de la crianza de los hijos.

Actualmente, el hombre –afirma Lipovetsky– ya no es cabeza de familia y la mujer dispone de recursos económicos de su trabajo, por lo que el poder de decisión dentro de la pareja ha cambiado. El nuevo modelo formado por la autonomía femenina, el descrédito de los comportamientos machistas y la incursión de la mujer en el mercado laboral, favorecen la participación igualitaria de ambos cónyuges en las decisiones importantes. De la misma manera, aparece la pareja igualitaria-participativa y también el individualismo gestor entre los propios cónyuges.

En Europa, afirma, los cambios en la distribución de las tareas domésticas son significativos, aunque lentos y limitados, “incapaces de encauzar a hombres y mujeres hacia una democracia doméstica”.⁹ La intensa persistencia de la discrepancia entre los roles paternos y maternos se refleja en que la mujer, ahora como antes, es más madre que lo que el hombre es padre.

En una prognosis de las sociedades democráticas respecto a la relación que Lipovetsky denomina “esencial” de las mujeres con la esfera doméstica, afirma que no se perfila el cambio de los roles familiares de los dos géneros, en tanto que esta prórroga de las normas diferenciales de los sexos obedece a que, son ahora reacondicionadas, “recicladas mediante las del mundo de la autonomía”.¹⁰ Afirma, por el lado de la identidad masculina, que ésta se encuentra, más que herida, reciclada, sosteniendo la afirmación de Hegel en el sentido de que la subjetividad masculina se construye en el conflicto interhumano en pos de reconocimiento y de prestigio, y termina afirmando: “el hombre es el futuro del hombre, y el poder masculino, el horizonte insistente de los tiempos democráticos”.¹¹

Lipovetsky realiza un minucioso retrato de la sociedad actual en torno a la figura de las mujeres y sus relaciones con los hombres, mismo que ha provocado un considerable y polémico debate en Francia. (Este libro fue publicado por Gallimard en París en 1997, y por Anagrama en Barcelona en 1999, contando ya con tres reimpresiones en esta editorial, dos en enero y una tercera en febrero de este año.) Valga esta reflexión masculina para encontrar los elementos comunes y diversos con nuestra realidad mexicana, con relación a la persistencia y al cambio de ro-

⁹ *Ibid.*, p. 230.

¹⁰ *Ibid.*, p. 238.

¹¹ *Ibid.*, p. 283.

les de las mujeres mexicanas, y las relaciones que establecen con los hombres y en las diversas esferas de su existencia.

Celia Mancillas Bazán
Universidad Iberoamericana/DDH

